

Un «ejército profesional»

George Washington, terrateniente de Virginia y veterano de la Guerra Franco-India, fue escogido como general al mando del recién nacido ejército continental. Debía transformar en el menor tiempo posible a una milicia compuesta por comerciantes y agricultores en un contingente capaz de plantar cara a los regulares británicos. Así describe su misión el historiador de la Universidad de Virginia William M. Ferraro en el [Nº 15 de Desperta Ferro Historia Moderna](#): «Durante la Guerra de Independencia, George Washington tuvo la intención de encabezar un ejército de tropas cualificadas, disciplinadas y comprometidas dirigidas por un cuadro de oficiales responsables, educados y capacitados que representaran la totalidad de lo que iban a ser los Estados Unidos independientes».

La misión resultaba harto complicada, no solo por la dificultad de formar a un montón de «ciudadanos soldado» en el arte de la guerra, sino también por el reducido número de colonos con experiencia real de combate. Lo primero que hizo Washington fue tratar de poner algo de **orden y concierto** entre las tropas que cercaban Boston, que se encontraba todavía bajo mando británico. A pesar de la dificultad de la empresa, desde el principio mostró confianza en alcanzar su objetivo. Así, al menos, lo expresó en un escrito remitido al Congreso Continental durante el verano de 1775 que recoge Ferraro: «Tengo el placer de indicar que aquí tenemos los materiales para crear un buen ejército: una gran cantidad de hombres en buenas condiciones físicas, un celo activo por la causa y una valentía incuestionable».

Sin embargo, este optimismo primigenio no duró demasiado. No solo por las dificultades de formar a la tropa, sino también por lo cortos que resultaban los periodos de servicio de sus hombres, los problemas a la hora de reclutar (los negros no tenían permitido alistarse) y la falta de un armamento y vestimenta

adecuados. Y es que el Congreso Continental **no contaba con los fondos necesarios** para garantizar la formación de un ejército profesional. Tuvieron que pasar todavía algunos meses antes de que la situación de este nuevo ejército mejorase algo. Para ello se decidió, entre otras medidas, adoptar un libro de órdenes o numerar los 26 regimientos que conformaban el army. Sin embargo, estas medidas no eran suficientes para hacer frente a Gran Bretaña.

El ejército continental adoleció durante toda la contienda de falta de hombres en sus filas. Es más, durante el invierno de 1776-77 las fuerzas al cargo de Washington, que habían sido **derrotadas** por los casacas rojas en la campaña de Nueva York y en Nueva Jersey, estaban conformadas únicamente por unos **4.000 efectivos**. Un reducido ejército sin suministros necesarios que bien podría haber sido aplastado sin demasiado esfuerzo por los hombres del general inglés William Howe. Sin embargo, el oficial británico optó por dejar que el mal tiempo y la enfermedad hiciesen el trabajo de sus hombres. Un grave error.

En estos primeros compases de la contienda, con la independencia declarada, no sin discrepancias, desde julio de 1776, el desánimo cundía entre las tropas. Tanto que cada vez cobraban más sentido las palabras de **Benjamin Franklin** antes de firmar la emancipación. Según parece, cuando un delegado afirmó ante el Congreso que debían «permanecer unidos», el científico respondió con guasa: «Sí, o con toda seguridad nos colgarán por separado». Sea como fuere, lo cierto es que los continentales **no eran optimistas** sobre el futuro que les aguardaba. Precisamente, con el fin de levantar la moral, un soldado llamado Thomas Paine escribió varios folletos titulados « **La crisis americana** ». Su primer número, que fue publicado el 23 de diciembre de 1776, empezaba con estas palabras.

«Estos son los tiempos que ponen a prueba el alma de los hombres. El soldado de verano y el patriota de tiempos tranquilos se abstendrán en esta crisis de prestar servicios a su país; pero el que resiste ahora merece el amor y el agradecimiento

de hombres y mujeres. La tiranía, como el infierno, no es fácil de vencer; pero tenemos este consuelo: que cuanto más duro es el conflicto, tanto más glorioso es el triunfo. Lo que nos cuesta poco, lo estimamos también poco: es sólo lo que nos cuesta lo que da a cada cosa su valor. El Cielo sabe cómo poner un justo precio a sus bienes; y sería extraño, en verdad, que un artículo tan celestial como la libertad no fuese altamente valorado».

A pesar de las buenas intenciones de Paine, las palabras rara vez bastan para ganar una guerra. Por entonces, el mandato del Congreso Continental de crear un auténtico ejército profesional estaba lejos de cumplirse. La situación era desesperada, incluso se llegó a pedir a los representantes **la cabeza de Washington**. Mientras tanto, el general en jefe continuaba solicitando la formación de un ejército permanente que no se viese diezmado a causa del final de los periodos de reclutamiento. Con el objetivo de conseguir soldados, el Congreso tuvo que ofrecer **importantes incentivos**, como el pago inmediato de 20 dólares y la promesa de entregar tierras a todos aquellos que luchasen una vez finalizada la guerra. También se estableció un periodo de servicio de 3 años.

La situación mejoró algo gracias a un puñado de victorias menores y a las malas decisiones adoptadas por **Howe**, quien se mostró indolente durante toda la contienda. El británico no solo dio vida a los hombres de Washington, a los que permitió huir de un sitio a otro durante los primeros compases de la guerra, sino que también fracasó estrepitosamente abandonando a su suerte a otro general inglés.